

TENSIONES ESPIRITUALES



Fresco que representa la parábola del rico y Lázaro en el Monasterio de Rila (Bulgaria).

EL sociólogo de la religión Rodney Stark define la *procrastinación religiosa* como «la tendencia de los individuos a elevar su nivel de compromiso religioso a medida que aumenta su edad». Esta tendencia se comprueba, en opinión de Stark, en las frecuentes «conversiones de trincheras» y de «lecho de muerte». Dicho de un modo más coloquial: a medida que nos hacemos mayores, o ante situaciones límite –como una crisis personal, la enfermedad, la guerra o la misma muerte– la religión se transforma en una tabla de salvación a la que nos aferramos como último recurso.

Algunos relatos bíblicos podrían ser interpretados desde esta perspectiva, como advertencias frente a la tendencia humana a la procrastinación. Un ejemplo paradigmático es el de aquel hombre rico, Epulón, cuya historia nos narra el evangelista Lucas (16, 19-31). Al experimentar, tras su muerte, los tormentos del infierno, Epulón pide a Abrahán que envíe al pobre Lázaro

para que alerte a sus familiares y puedan así reaccionar y cambiar su comportamiento: «Te ruego que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les advierta y no vengan también ellos a este lugar de tormento» –exclama en medio de sus sufrimientos Epulón, sin conseguir que Abrahán cambie de opinión.

Pero el caso del rico Epulón no es el único. El conjunto de la literatura apocalíptica que encontramos en la Biblia podría considerarse una advertencia frente a la procrastinación religiosa, un revulsivo que fuerza al oyente a reaccionar y anticipar las decisiones vitales importantes antes de que sea demasiado tarde.

La apocalíptica (el término griego *apokalypsis* significa literalmente «revelación») es un género literario que predice –revela– grandes cataclismos, acontecimientos catastróficos que tendrán lugar al final de los tiempos. Estas narraciones son típicas de la tradición judía y cristiana, emplean un lenguaje esotérico y expresan una vi-

sión pesimista del presente en la que el final se presenta como inminente. En nuestra época, interpretarlas no resulta nada sencillo porque el lenguaje que utilizan nos resulta muy extraño y distante. Por eso necesitamos de la guía sabia de los exegetas.

La mayoría de los estudiosos consideran que el cristianismo primitivo era una religión fervientemente apocalíptica, empeñada en la inminente «segunda venida» de Cristo para presidir el Juicio final y el fin del mundo. Esta convicción de los primeros cristianos permea los Evangelios, impregnados del lenguaje de Daniel, el principal libro apocalíptico judío.

Un ejemplo de la influencia de Daniel es el conocido sermón de Jesús en el evangelio de Mateo (24-25) –el llamado «pequeño apocalipsis» o «juicio de las naciones»– que predice la inminente tribulación colectiva, el juicio previo a la venida del «Hijo del Hombre» que se sentará en un trono para separar las ovejas de las cabras.

Algunas cartas de Pablo también contienen elementos apocalípticos, aunque es el último libro del Nuevo Testamento –el Apocalipsis de Juan– el que cierra el canon cristiano en clave apocalíptica. Este texto complejo y rico en símbolos ofrece un relato sobrecogedor y desconcertante de la crisis inminente, el juicio final y la salvación.

Todos estos textos bíblicos nos recuerdan la importancia de estar alerta y no relajarnos en la búsqueda de la salvación. Los historiadores de la Iglesia señalan, sin embargo, que con el paso del tiempo los Santos Padres –sobre todo San Agustín– tendieron a centrarse en la salvación individual, más que en la colectiva, rebajando así la «tensión apocalíptica», renunciando a la creencia en una inminente segunda venida de Jesucristo. Los Padres eran, por tanto, «escatológicos» en la medida en que creían en un Juicio Final, pero no «apocalípticos», ya que insistían en que el momento del último acto de la historia es incierto.

Muchos siglos después, el teólogo John Collins, en su interpretación del género apocalíptico, ha reafirmado su valor afirmando que este tipo de narración «pretende interpretar las circunstancias terrenales presentes a la luz del mundo sobrenatural y del futuro, e influir tanto en el entendimiento como en el comportamiento de la audiencia por medio de la autoridad divina». La intención de modificar la conducta es la que nos recuerda su valiosa función como revulsivo, frente a la tendencia innata del ser humano a procrastinar y diferir sus compromisos.

Imaginar una situación límite, «de trincheras» –como hace Juan en su Apocalipsis–, o anticipar la visión del



«lecho de muerte» –como hace Lucas en su parábola del hombre rico y Lázaro el pobre–, o anunciar un «juicio inminente» –como hace Mateo en su pequeño apocalipsis– serían formas diversas de acercar el futuro al presente con el fin de evitar la procrastinación religiosa.

Ahora bien, todos estos discursos y sus posibles interpretaciones hay que manejarlos con prudencia, porque son fácilmente manipulables y han llevado a comprensiones distorsionadas de la Biblia y de la fe cristiana a lo largo de la historia. Los movimientos milenaristas,

por ejemplo, apoyándose en el Apocalipsis de Juan, han aparecido y reaparecido desde el siglo II hasta nuestros días llegando a justificar el militarismo, la violencia o las visiones fundamentalistas de algunas sectas evangélicas contemporáneas.

La advertencia de Rodney Stark, la sabiduría de la Biblia y la experiencia histórica de la Iglesia nos ayudan a caer en la cuenta de dos grandes peligros que asedian a todo creyente: la procrastinación y la radicalización. También nos recuerdan que el remedio, si no se administra con prudencia, puede ser peor que la enfermedad.

No nos dejemos llevar por la pereza. No procrastinemos. No dejemos para mañana lo que podemos hacer hoy. Pero tampoco forcemos el mensaje cristiano hasta el punto de simplificarlo y usarlo como arma arrojadiza. Mantengamos la tensión de la fe. Seamos conscientes de que, a quien madruga, Dios le ayuda. Aunque, no por mucho madrugar, amanece más temprano.

**No nos dejemos llevar
por la pereza. Pero tampoco forcemos
el mensaje cristiano hasta el punto
de simplificarlo y usarlo como arma
arrojadiza.**